



LAURA DÍAZ

@FANTASYLITERATURE

HACIA MAREAS MALDITAS

m̄r

Laura Díaz
(@fantasyliterature)

HACIA MAREAS MALDITAS

m̃r

© Laura Díaz (@fantasyliterature), 2024

Ilustraciones de las portadillas, cabeceras y mapa: © Laura Díaz (@fantasyliterature), 2024

Ilustración de las pp. 401-403: © Wirakorn Deelert / Shutterstock

© Editorial Planeta, S.A., 2024

Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2024

www.planetadelibros.com

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

ISBN: 978-84-270-5291-8

Depósito legal: B. 11.799-2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España/*Printed in Spain*



1

Brienne



Villa Ziell

Caminaba con premura, mirando hacia atrás cada poco y procurando que mis pies no hicieran demasiado ruido con las hojas crujientes esparcidas por el sendero.

Necesitaba llegar al bosque antes de que mi madre comenzara a buscarme desesperada, pues mi mente pedía un respiro, por corto que fuese, de tanta tensión constante.

Mis pasos se aceleraron al divisar una silueta a lo lejos que seguía la misma ruta que yo había recorrido, pero me detuve en seco antes de llegar a la bifurcación al oír esa voz cantarina tan familiar:

—¡Bri! ¡Espérame, Bri! — Mi mejor amiga no lograba despojarse de ese acento norteño ni aun habiendo vivido en el sur casi toda su vida.

Me quedé parada en medio del camino hasta que Annia me alcanzó resoplando y se plantó frente a mí, con su delgado cuerpo en una postura desafiante y la lengua fuera por el esfuerzo. Frunciendo el ceño y tras recuperar el aliento, habló.

—Bri, no puedes marcharte así, ya sabes que soy la primera en la lista de sospechosos de tu madre cada vez que desapareces. —Annia se pasó la mano por su corto pelo dorado y miró hacia sus zapatos, visiblemente avergonzada—. No me importa dar la cara por ti, pero... tu madre se está volviendo cada vez más brusca conmigo, y...

Tomé sus manos entre las mías, pálidas —a pesar de estar cubiertas de pecas— y heladas por el frío de finales de otoño, y esperé a que levantase la cabeza para mirarme.

—Lo siento, Ann. Sé que mi madre es un grano en el culo y siempre te pone en una situación incómoda, pero estoy taaaaaan harta... Es que no puedo más.

—Ya lo sé. Me lo dices todos los días, pero es tu responsabilidad, tienes que contribuir, aunque no te guste, igual que hago yo. Además, no puede ser tan fatigoso hacer esos mejunjes, ¿no? Peor sería tener que trabajar como herrera, ¡o pescadora! A los peligros que se tiene que enfrentar esa gente, imagínate... Hierro candente, ¡tiburones!

Abrí los ojos y suspiré, exagerando mi descontento. Ya conocía bien su forma de cambiar de tema para evitar mis quejas constantes, pero, aunque tal vez me ponía realmente pesada en alguna ocasión y tenía parte de razón, me parecía injusto no poder tener ni un minuto al día para mí. Y no solo eso, sino las malas palabras, los malos gestos. Los golpes.

Se me pasó por la cabeza volver a explicarle que no era elaborar medicinas y ungüentos lo que me cansaba, sino las formas, el engaño, la falsa esperanza. El teatrillo que mi madre me obligaba a representar para, en realidad, vender humo. Sin embargo, al mirarla de nuevo, noté que su expresión de desilusión no cambiaba, por lo que mi única salida fue rendirme.

—Está bien, volvamos.

Hice un ademán de soltar sus manos, pero ella respondió tomándome firmemente de una de ellas y tirando de mí en dirección al camino. Así, agarradas de la mano, yo inmersa en mis pensamientos silenciosos que ella se empeñaba en aderezar con su verborrea sin límites, mi mejor amiga me alejó de la costa y me devolvió a los brazos ambiciosos de mi madre.

Ann se despidió de mí a la puerta de su casa, a pocos pasos de la mía. Rehusé su ofrecimiento de entrar a saludar a su padre, pues ya era bastante tarde y quería quitarme de encima cuanto antes la bronca que me esperaba.

Cuando llegué, observé la larga fila que se extendía desde la entrada de mi casa hasta la mitad de la calle. Decenas de personas esperaban para recibir sus pastillas, sus cremas, sus pócimas..., y mi madre, sola detrás del mostrador y sin manos que la ayudaran, lanzaba

improperios a diestra y siniestra. A pesar de sus malas formas, todos seguían acudiendo allí cada día, pues era la única farmacia en varios pueblos a la redonda; de eso bien se aseguró mi padre.

Me invadió un escalofrío al ver a toda esa gente desesperada que buscaba un poco de fe o esperanza en nuestros remedios caseros. Nuestros ungüentos no iban a cambiar nada, ya que mi madre jamás estudió botánica, medicina ni nada relacionado con curar a la gente. Vendía mentiras, y el pueblo las tomaba con los ojos cerrados, sacrificando el poco dinero con el que podrían llenar sus estómagos por una frágil promesa de mejora.

Esa era la razón por la que yo salía corriendo en cuanto podía. Necesitaba liberar mi mente de tanto estrés, de despertar cada día a las cuatro de la mañana para preparar pedidos, de cortar y secar hojas durante horas, de transportar cientos de cajas de vidrio, de soportar la presión de mi madre y las exigencias de los clientes. Huía adonde solo era capaz de encontrar esa calma que tanto ansiaba: junto al mar, que era una presencia constante en mis sueños, como una llamada envuelta en bruma.

Quizás mi madre fuera más dulce en otra vida, pero en esta se había convertido en una harpía insoportable que desquitaba sus frustraciones conmigo. Tal vez había idealizado el vínculo entre Annia y su padre, pero siempre deseé tener una relación parecida con mi familia. Sabía que mi obligación como hija era ayudar en el negocio familiar, y lo hubiera hecho encantada si fuera un negocio honesto y si el resto de mi familia hubiese aportado algo más. Pero no, eso tampoco sucedería. Mientras yo me partía el lomo cada día en la tienda, mi madre salía con cualquier excusa, dejándome a mí todo el trabajo. Mi padre y mi hermano se emborrachaban en la taberna, mientras «sus mujercitas» sacaban la familia adelante, porque, según ellos, «¿dónde se había visto un farmacéutico hombre?». Su cometido, como buenos cabezas de familia, era moler a palos tanto a la posible competencia como a quien se atreviera a hablar mal de nuestro negocio. Y, por supuesto, eso me incluía a mí: los castigos físicos que recibía cada vez que emitía una queja a menudo se escudaban tras una manida excusa: «Nos lo debes todo». Sin embargo, esta lógica no se aplicaba a mi hermano, a quien inexplicablemente se le consentía que hiciera lo que quisiese.

Desde la cola que se había formado frente a mi casa me llegaron, entre toses y lamentos, algunos saludos que me devolvieron a la rea-

lidad, a los que respondí con un ligero movimiento de cabeza. Me subí la capucha para entrar apresuradamente a la tienda y evitar que mis padres me vieran llegar, pero mis pies no fueron tan rápidos como pensaba. Antes de tener tiempo de girar a la izquierda para alcanzar la puerta de casa, me topé de frente con mi castigo.

—¡Brienne! ¿Dónde se supone que estabas? Hace horas que te envié a por papel para los pedidos. —Su grito estalló de repente en mis oídos. Su eco, en forma de pitido, reverberó en mi cabeza una y otra vez, y me impidió esquivar el tortazo que aterrizó con un sonoro ¡plas! contra mi cara—. ¿Qué haces ahí parada? ¡Ponte a atender de inmediato a la gente, que voy a salir a comprar! Y cuando regrese, quiero encontrar a todos los clientes despachados y a ti en la trastienda preparando los pedidos. ¿Me has entendido?

Me quedé mirándola con los ojos llorosos, mordiéndome la lengua para no soltar nada que me pusiera en una situación peor. Noté un sabor metálico en la boca y en ese instante supe que mentía. Conocía bien ese sabor parecido a la sangre que inundaba mi saliva cada vez que alguien dejaba escapar algo que no era cierto. Pensé en responder, pero ¿serviría de algo?

—Que si me has entendido.

—Madre, tengo cosas que hacer tamb... —comencé, intentando no tensar mi voz.

—Por los Dioses Grises, ¡qué harta estoy de esta niña! —rezongó mientras tomaba su chaqueta y salía por la puerta, con su cabello oscuro, tan diferente de mi pelo anaranjado, brillando bajo el sol de la tarde.

Respiré profundamente y me di cuenta de que había más sonidos en la habitación aparte del de mis dientes restallando entre sí de rabia. Entonces me volví hacia el mostrador, donde varios pares de miradas se posaban en mí, inquisitivas. Esos rostros apagados se parecían tanto los unos a los otros que era realmente extraño que nadie se hubiera fijado en sus similitudes. Con sus ojos hundidos, sus labios apretados y sus gestos endurecidos, no les hacía falta hablar para pedir lo que querían: su dosis de «medicina».

Hacía ya años que había descubierto que vendíamos algo más que una simple cura. Al principio podía parecer que calmaba los síntomas de cualquier dolencia, pero los ojos desorbitados de los clientes regresaban siempre buscando más, no para sanar una enfermedad, sino para aliviar su dependencia. Dependencia de la que éramos completamente culpables.

Estaba segura de ello. Ocho años atrás, cuando tenía catorce, tuve mi segundo periodo; uno especialmente doloroso, cuyos cólicos me sorprendieron con la guardia baja. Era la primera vez que experimentaba algo semejante. Desesperada y cegada por el dolor, tomé a escondidas uno de los frascos que vendíamos para los dolores menstruales, y que mi madre se había negado a darme. Aunque no recuerdo nada de lo sucedido, sé que pasé la tarde y la noche siguiente hablando sola y delirando. Annia me encontró en el suelo, abrazada a una silla del taller de la trastienda, gritando que no quería ser mujer para no tener que soportar aquel horrible dolor cada mes de mi vida.

En ese momento, mi amiga y yo nos dimos cuenta de lo que mis padres vendían en su tienda, y de cómo habían conseguido mantener su monopolio en la zona. El bofetón que me plantó mi madre al día siguiente, que seguro que se escuchó perfectamente desde la aldea vecina, me lanzó al suelo y me dejó semiinconsciente. Las palabras de mi padre, que llegaron a continuación, me hicieron replantearme todo.

—¡Si se echa a perder, la devolveremos al bosque! —rugió al verme en tal estado, probablemente pensando que no podía escucharle.

Desde ese instante, las dudas y un profundo resentimiento me acompañaron cada día. Pero aquel incidente también me ayudó a agudizar mis sentidos, y me convertí en una persona meticulosa y sumamente observadora de cada detalle que sucedía a mi alrededor.

Y ese ligero sabor metálico cada vez que mi madre me enseñaba a elaborar los «remedios» confirmaba mis sospechas.

Nuestro pueblo se encontraba a muchos miles de leguas de la capital, Ciudad Eclipse, por lo que la llegada de noticias no era frecuente. Allí se producía el eclipsir, pero en Villa Ziell, al estar tan lejos, no era conocido, ni mucho menos accesible para los ciudadanos. Era una especie de leyenda, una maravilla que te proporcionaba una visión diferente y te otorgaba el doble de fuerza. Qué fácil es llenar los vacíos de ignorancia con la imaginación cuando no se tienen otras maneras de entretenerse.

Lo que sí estaba claro era que los Remedios Evans contenían algo similar al eclipsir, y yo lo manejaba cada día de mi vida sin cuidado ni conocimiento. Desde el momento en que lo descubrí, no solo huía cada vez que podía, sino que también hacía lo que estaba a mi alcance para sabotear la circulación de esa droga, aprovechando que había aprendido a manipularla.

Me ocupé de atender a todos los clientes, incluso a aquellos que no tenían suficiente dinero para adquirir ni una sola píldora. Y, como siempre hacía cuando mi madre no estaba para vigilarme, coloqué una de las pequeñas pastillas que yo misma elaboraba cada mañana en la mano de aquellos que veía que realmente lo necesitaban. Eran unos pequeños comprimidos con los que había estado experimentando los últimos meses. Había reducido la base de la medicina original que vendíamos y añadido otros tipos de hierbas benignas a la ecuación, obteniendo como resultado algo menos dañino y tóxico.

La base de cada medicamento solía ser casi siempre la misma. Usábamos unas flores que todo el mundo conocía, pero que rara vez se veían de forma natural: una variedad especial de amapolas que cultivábamos en nuestro huerto. No eran las mismas que aquellas que florecían durante primavera en la naturaleza, ya que sus pétalos eran menos llamativos y considerablemente menos frágiles. Mi padre mencionó haberlas ganado astutamente a un jinete de los Dominios Draconianos en una partida de cartas, pero dada su inclinación por las artimañas, lo más probable era que las hubiera sustraído.

Nadie en mi familia sabía apenas nada de botánica, más allá de las recetas básicas para nuestros «remedios», pero yo me había aficionado a trastear con los ingredientes en aquellos escasos momentos en los que no había nada que atender en la tienda. A lo largo de los años fui aprendiendo e investigando más sobre las plantas, mezclando, haciendo pruebas y cometiendo errores para determinar los beneficios reales de estas fuentes de salud natural. Mi madre usaba burdamente las cabezas de estas flores antes de que se abrieran, y con ello hacíamos un polvillo que luego disolvíamos en gelatina o mezclábamos con otros componentes dependiendo de su uso futuro. Pero mi curiosidad me hizo probar también con sus pétalos, semillas e incluso raíces, que dieron mejores resultados e incluso aliviaban los síntomas de algunas enfermedades leves.

Coloqué las últimas dos pastillas en las manos huesudas de una anciana que vestía harapos, tratando de vislumbrar los restos de humanidad en sus ojos. Como una ráfaga de viento, se las tragó de una sentada, sin necesidad de agua.

—Tus ojos oscuros reflejan bondad, hija.

Se dio la vuelta y se marchó murmurando un agradecimiento.

Sonreí, a pesar de que provocar este mal a la gente me atormentaba, me robaba el sueño y me producía un ruido constante en el fondo de mi cabeza.

La culpa es algo curioso; para algunos, es como un simple abejorro, que molesta con su zumbido, pero se puede espantar fácilmente de un manotazo. Sin embargo, para otros, es una sustancia densa, semejante al petróleo, imposible de eliminar y que se adhiere a cada fibra de su ser, imposibilitando que el flujo normal de la vida siga adelante. Y eso era justo lo que me ocurría a mí.

Tal vez fue esa maldita culpa, o, quizás, el inexorable destino que se acercaba a grandes zancadas hacia mí, pues aquella misma noche mi vida dio un giro absoluto... hacia algo aún peor.